

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—TEATRO PRINCIPAL, por D. Francisco Flores Arenas.—EL PRIMER CANTO DEL RUISEÑOR, por D. Eduardo Bustillo.—A MI PADRE, por D.ª Carolina Gonzalez.—A FELICITAS, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—EL ASNO COJO, novela original por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—GEOGLIFICO.

TEATRO PRINCIPAL.

No somos nosotros por cierto de aquellos que al asistir á la representacion de cualquier drama exclamamos por el mero hecho de ser drama: ¡Absurdo! ¡Mamarracho! ¡Inverosimilitud! Nada de eso. El verdadero absurdo está para nosotros en que se midan por un mismo rasero géneros de diferente carácter, de diversa índole; está en pretender juzgar á unos y otros por reglas que no son las suyas. Búsquese en la comedia la verdad escénica, la fiel pintura de un carácter, el desarrollo de algun pensamiento, la consecuencia moral de una accion; pero al drama no se le pida eso: pídale sentimiento, pídale interés, hasta pídale lo extraordinario que cautiva, sin llegar á lo imposible absoluto. Dejemos pues que ambos géneros se muevan dentro del círculo de sus especiales condiciones, y ambos valdrán si no se los falsea. Por eso Boileau, clásico hasta la médula de sus huesos, dijo en su arte poética:

Tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux.

Decimos esto porque á la sordina hemos oido á tal cual persona tachar de mamarracho á *Las Memorias del diablo*, produccion poco há ejecutada en el Principal. Verdad es que todos los dias no nos topamos por esas calles con canalla de la estofa de los parientes del difunto baron de Ronquerolles, ni menos con escribientes de notario como Roberto, quien merced á la astuta ambicion de su diabólico maestro tiene en su manó los hilos de la bien urdida trama; pero toda vez que la cosa no raye, como no raya, en lo imposible, ¿por qué la hemos de condenar por tan absurda que nos neguemos á aceptar sus consecuencias? ¿Por

AGOSTO.

qué hemos de renunciar al placer que nos resulta de estar agradablemente entretenidos durante algunas horas?

Esto último fué lo que nos aconteció á nosotros, y con nosotros al público, que en presencia de una obra ya por él muy vista, dió repetidas é inequívocas muestras de gozar en aquel espectáculo, por sí tan entretenido, y cuyo natural aliciente era realzado por la superior ejecucion del Sr. Romea.

La obra aplaudióse tanto como con gusto habia sido oida.

Llegamos á la gran cuestion teatral del dia, al acontecimiento único en su especie en la temporada, y en cuya apreciacion hay tanta variedad de opiniones. Hablamos del éxito poco lisongero que obtuvo la comedia *El tejado de vidrio*, puesta en escena á beneficio de un actor. Nuestro deber nos fuerza á ocuparnos de este asunto, y lo harémos con toda la lealtad de nuestra conciencia, aunque sin abrigar la ridícula pretension de haber acertado en nuestras apreciaciones.

El tejado de vidrio, es una comedia que ha sido muy aplaudida en Madrid; es produccion de una ilustre pluma; es la obra de un hombre de gran talento, talento que no se desmiente en ella; además, el Sr. Romea, director de la compañía, es tan distinguido literato como eminente actor; no era posible, por tanto, que respecto á su mérito se equivocase, como no era posible que dejase de ejecutarla con la superioridad que sabe y que acostumbra. ¿Cómo se explica que el público de este teatro, ó si se quiere la mayoría de él, la acogiese á su final con algunas muestras de desagrado?

Para ver de esplicar este por qué fuerza es se nos permita presentar aquí una breve reseña del argumento.

Supónese que hay en Madrid un cierto conde, terror de los maridos, seductor de profesion y con cátedra abierta, entre cuyos discípulos mas aventajados se cuentan el pollo Carlos (creemos que tal es su nombre) y Elisa, criada de servicio, acomodada por él *ad hoc* en casa de una dama llamada Dolores, á la que trata de seducir, teniendo ya para ello mucho camino adelantado.

¿Pero quién es esta dama? Es la esposa de Mariano, amigo de la infancia del conde, rico ban-

quero, hombre de excelentes prendas, y que ama con delirio á su descarriada cónyuge.

Ahora bien, el conde había un año que estaba casado de secreto con una jóven, íntima amiga de la primera edad, casi la hermana de Dolores, concibiéndose mal que una persona tan sagaz como el conde no comprendiese cuan fácil era que su esposa llegase á saber sus nuevas relaciones, como en efecto sucede, porque al ver á Dolores triste, desapacible con su esposo, dando en fin muestras de un dolor oculto, su amiga le insta para que le descubra el secreto que sin duda guarda en su corazón, y ella no se hace mucho de rogar para revelar el nombre fatal que oculta y que el conde por su parte publica sin rebozo entre sus adeptos, por aquello de que el escándalo es la mejor salsa de estas intrigas. La ofendida esposa rugue de celos, disimula con su amiga, pero el diablo de la venganza sopla dentro de su corazón.

El pollo Carlos, queriendo reducir á práctica las lecciones de su maestro, ha tiempo que tiene puestos los ojos en la condesa in partibus, y aunque la confesion que ella le hace de ser casada le arredra por el pronto, los consejos del conde, que ignora de quien se trata, le animan á proseguir en su conquista. Llega á buena sazón, porque llega á la hora del despecho, y la esposa consiente en huir con él á Francia aquella misma noche.

En tanto la fragilísima Dolores, segura de sucumbir si el conde insiste (y es claro que insistirá) resuelve no verle mas, y al efecto le escribe una carta en la que no le dice que no vuelva, que era lo mas natural, sino en la que le da una cita para decírselo de palabra; que es como si un hombre, para renunciar á matarse, principiase por cargar las pistolas en vez de arrojarlas por la ventana. Mariano, afligido profundamente por el desamor de su esposa, Mariano, que repetidas veces ha desahogado sus penas y buscado consuelos en el corazón de su infame amigo, halla por acaso en el suelo la carta fatal, y cree fundadamente haber sorprendido el secreto de su deshonra.

No es menor la sorpresa del conde al saber por su discípulo quien es la mujer que ha de fugarse con él aquella noche, y penetrando á escondidas en la casa de su esposa se oculta para cerciorarse de la verdad. Ella, aunque luchando á medias entre sus deberes y sus deseos de venganza, aparece dispuesta á la fuga, y Carlos, con anuencia suya, marcha á prevenir un coche que los conduzca.

A poco, y sin motivo plausible, llega allí Dolores, y luego su esposo, que irritado viene á buscar al conde á una casa ajena, y finalmente Carlos con el coche. El conde entonces declara su matrimonio, y para desorientar completamente á Mariano le dice que aquella carta había sido escrita á él por Dolores con el objeto de rogarle en nombre de su amiga hiciese público su casamiento. Era preciso ser todo un buen hombre con sus ribetes de estúpido para tragarse semejante bomba de á placa, porque la tal explicacion no explica ni pudiera explicar nunca la profunda tristeza de su esposa, bien así como el despecho y hasta marcada

repugnancia con que ha tiempo le mira. Sin embargo, el hombre abraza á su mujer, y pelillos á la mar.

Consecuencias. La nueva condesa debe estar segura de que si su marido antes de un año de matrimonio ha enamorado á una amiga suya, en pasando dos siquiera habrá enamorado á doscientas lo menos.

El conde ha visto ya que su esposa ha estado muy á riesgo de escaparse con un mequetrefe.

Carlos queda autorizado para creer y para publicar que si la fuga no se verificó no fué ciertamente por falta de consentimiento de aquella Elena, sino porque lo impidió la presencia del marido.

Dolores se ha convencido de que es frágil, y aunque esta fragilidad no ha pasado á mayores, no lo creerán así las infinitas personas que por boca del mismo conde estaban enteradas de aquellos amores.

En una palabra: mútuas desconfianzas, reputaciones perdidas, la paz de dos matrimonios imposible ya. El cuadro es edificante.

Fin moral. El que tiene tejado de vidrio, esto es, el que tiene mujer, no enamora á las de otros, porque puede temer el desquite. Pero como el soltero no tiene tejado, y por lo mismo nada tiene que temer, resulta que nadie debe casarse. Esto es lógico.

La infame conducta del conde solo puede hallar gracia por la expiacion y por el arrepentimiento. Solo hay aquí una expiacion, y es la duda que le asalta respecto á la infidelidad de su esposa; pero los tormentos de esta duda deben estar en relacion con su amor á Julia, y no se concibe un grande amor en el hombre que por motivos *que no lo son*, como él mismo confiesa, oculta cuidadosamente su matrimonio; en un hombre que á sí propio se dice:

"Hace un año que en sigilo
hice la mayor torpeza."

Y mas abajo:

"Yo, que he dado testimonio
de tener tanta aversion
á la grotesca fusion
que se llama matrimonio...
¿cómo pudo acontecer
este mal que me rodea?"

En el hombre, en fin, que al oírse llamar *esposo* por Julia, la ataja diciendo:

"Oh! no abuses
de ese nombre terrorífico."

¿Hay aquí cariño ni menos pasion? ¿No es de temer que quien se subleva sea mas bien su amor propio ultrajado, su orgullo de diestro libertino?

Respecto al arrepentimiento y á la enmienda, nosotros no negamos la posibilidad; pero de eso puede solo responder su conducta ulterior, y esa no puede verse en la comedia. Diremos, no obstante, que Julia solo se presta á perdonar por librar del compromiso á Dolores, y que es la primera qu

desconfía de la sinceridad de aquellas protestas, puesto que al oír que él esclama:

"Ahora
es cuando empiezo á vivir."

ella le responde:

"Eso dijiste, y traidor...."

De forma que no se nos tachará de demasiado suspicaces si lo somos tanto como su propia mujer, que tenía mejores datos para serlo.

Caractéres tan repugnantes, tan cínicos como el del conde, presentados con tal viveza de colorido, la exhibición de una sociedad llena de libertinaje y de flaqueza, el matrimonio ridiculizado, la honradez engañada, todo esto en fin será la verdad; pero hay verdades que no son para el paladar de todos, y cada público tiene el suyo. Por eso la comedia, como cuadro de costumbres, hizo en muchos mal efecto, y aun así nadie se habría cuidado de expresarlo á no haber mediado algunos aplausos que provocaron cierta especie de reaccion.

Lo sentimos, porque la comedia tiene bellísimos trozos, bellísimos versos, sentimientos sublimes, y en suma, está escrita con gran talento, bien así como con gran talento fué ejecutada por el Sr. Romea. No es culpa pues de dicho señor si en su laudable deseo de presentar una obra de fama, una obra literariamente buena, no pudiese adivinar la especial índole del público de este teatro.

¿Es un exceso de susceptibilidad el que ha producido aquí semejante fenómeno, como algunos pretenden? Podrá ser si se quiere; pero exceso por exceso, mas vale este.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

El primer canto del ruiseñor.

¿Oyes el dulce concierto
que anuncia la luz del día?
Deja tu lecho de flores
y vamos juntos, FELINA,
por la márgen del arroyo
que al espeso bosque guía.
Que allí, cuando nace el sol
auras de amor se respiran,
y allí sabrás lo que siento
sin que el labio te lo diga.

En los alegres murmurios
de la fuente cristalina,
en esos puros acentos
y esas dulces armonías,
¿no hallas algo que revela
lo que el alma no se explica?

Oh! ya el tierno ruiseñor
desde la enramada umbría
saluda al astro naciente,
con aquella voz sencilla
con que los cantos modula

de su amor y su alegría.

Ya suavemente gorgea,
ya sube su acento y trina,
ya calla y aliento cobra
y en variado torno silba.

Vuela luego hácia la fuente,
se baña en sus aguas limpias,
y á repetir va su canto
en la enramada vecina.
Y esos primeros acentos
que escuchamos con delicia,
son los de un alma que encuentra
el amor por que suspira.

Por eso al nacer la aurora
vengo á tu lado, FELINA;
y si no ves en mis ojos
lo que siente el alma mia,
dejo que en su dulce canto
el ruiseñor te lo diga.

EDUARDO BUSTILLO.

A MI PADRE.

Te perdí, padre adorado,
huyó de mí la alegría;
al recordar aquel día
se trastorna mi razón,
porque al lado de tu lecho
oí tu postrer gemido,
y aquel eco dolorido
me desgarró el corazón.

Llorando al ver á mi madre
de sus hijos rodeada,
pedí á la Virgen sagrada
que se apiadase de mí.
Oyó el cielo esta plegaria;
enjugó mi triste llanto,
y al fin cesó mi quebranto,
y fuí.... menos infeliz.

CAROLINA GONZALEZ.

A FELICITAS.

Si entre malezas y flores
la vida vamos cruzando,
huyendo de los dolores
y á los goces aspirando,
goce yo con tus amores.

Amores, querida mia,
que no dañan con su fuego;
amores que el alma ansía;
que infunden pura alegría,
santa paz, grato sosiego.

Yo, como todos, la hermosa
niñez de la incierta vida
crucé con alma afanosa;
mi juventud, borrascosa



fué una ráfaga perdida.

Buscando un placer divino,
un sol de vívida lumbré
que alumbrase mi camino,
en mi inquieta pesadumbre
fuí constante pergrino.

Al fin divisé mi estrella:
eras tú que me augurabas,
tan sencilla como bella,
la dicha; tú, que marcabas
en mi camino tu huella.

Te amé; me juraste amor,
y el sagrado juramento
que hiciste al pie del altar,
yo recojí con tu aliento
que vida me supo dar.

Conocí que nunca el alma
goza de dicha completa
si triste no vive en calma;
que no hay triunfo, que no hay palma
en una conciencia inquieta.

Busqué, busqué el bienestar
libre de duelos prolijos,
y al cabo le pude hallar
en la quietud de mi hogar
junto á tí y entre mis hijos.

Cifre en sus grandes hazañas
su orgullo, quien con aliento
tomó parte en cien campañas.
Mis hijos!.... qué orgullo siento!....
son trozos de mis entrañas.

Mas que el lujo y la riqueza
del rico; del noble altivo
la soberbia y la grandeza,
estimo nuestra pobreza;
pues pobre, dichoso vivo.

Solo tu virtud anhelo;
consérvala cuidadosa,
pues es mi mayor consuelo:
y tendré, mi buena esposa,
contigo en la tierra un cielo.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

EL ASNO COJO.

NOVELA ORIGINAL

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(CONTINUACION.)

—¡Extraño es que yo dirija la palabra á un jumento viejo y moribundo! pensó el jóven; quien me hubiera oído me hubiera llamado imbécil; los hombres no conciben hasta dónde extravían los sufrimientos, y en verdad que soy un loco; pero esto no impide el que yo tenga compasión de un ser viviente, dotado de instinto, y que relativamente á su especie ha sido para mí un buen compañero, manso y dócil. La noche se acerca y necesito llegar pronto á Madrid; tengo presentimientos de que al llegar me esperan sucesos extraños.

En aquel momento un carretero que venia de la villa precediendo el lento paso de sus bueyes, llegó cantando hasta el sitio donde el cazador estaba con el asno.

Una idea surgió en la imaginación del jóven.

—¡Eh, buen hombre! le dijo; ¿á dónde va Vd?

—A Pinto, contestó el carretero.

—Pero la noche será oscura y fría, y va Vd. á llevar un mal camino; ¿no seria mejor que esperase Vd. en cualquiera de los mesones de las afueras?

—El carretero frunció el gesto y contestó al cazador:

—Militar, cada cual tiene contados sus reales y no me conviene. Quede Vd. con Dios.

El cazador detuvo al carretero y le mostró cuatro duros mejicanos. El carretero se quitó su ancho sombrero.

—¿Es eso para mí, señor? dijo.

—Sí, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Cuidar de este jumento hasta mañana.

—Pero, señor, si este burro no vale dos reales.

—Cada cual tiene sus manías.

—Vaya en gracia, nada tiene esto de malo, y para un hombre con mujer y cuatro hijos nunca está de mas una ganancia.

Y tomó el dinero.

—¿Donde va Vd. á parar?

—En la posada de Franchó, que tiene buen vino. ¿Le ha probado Vd., señor?

—No; quede Vd. con Dios. Cuide Vd. el jumento, y hasta mañana.

El jóven cazador se alejó cojeando y no muy de prisa con dirección á la puerta de Toledo. El carretero quedó junto á Píldes dando vueltas á su sombrero, y mirando alternativamente al asno, los cuatro duros y al jóven con la expresión estúpida de los campesinos.

—¡Vaya un Dios! dijo murmurando en voz baja. Aquí debe haber brujería, pero yo no he hecho ningún trato con el diablo; si este burro ó su amo son hechiceros, con llevar el jumento á la cuadra de Franchó y esperar hasta mañana he cumplido.

Luego se acercó á Píldes; le asió brutalmente por el rabo, le dió un puntapié y logró ponerlo sobre sus tres patas.

Un cuarto de hora despues Orestes llegaba á la puerta de Toledo, y Píldes á la de uno de los mesones que, como ahora, existían ya cerca del puente sobre el camino de Aranjuez.

CAPITULO II.

ENTREVISTA, JURAMENTO Y FUGA.

Estamos en un gabinete del cuarto principal de la casa número 120 de la calle de Atocha, en la imperial y coronada villa de Madrid, á la hora de oscurecerse del mismo dia en que Orestes llegaba á Madrid y Píldes quedaba encargado al carretero manchego.

La decoración y mueblaje del gabinete eran ricos y de buen gusto; el techo estaba pintado al fres-

co, respirando alegría, las paredes entapizadas con cuero de Rusia, y el pavimento cubierto con una alfombra fabricada muchos años atrás por los moriscos de Granada. Al fondo había un canapé de caoba y terciopelo: los sillones eran del mismo género; modificaba la temperatura ya fría del otoño una enorme copa de bronce; por último, retratos y cuadros de historia de los mejores pintores nacionales se veían aquí y allá en el mas estudiado desorden sobre la tapicería.

Todo era allí bello, pero todo palidecía ante una mujer, que á la luz de un velon de plata aparecía indolentemente reclinada en un ángulo del canapé, y acariciaba distraída á un precioso perrito faldero. Hemos dicho que era una mujer, y debimos haber dicho que era una niña á quien la naturaleza había privilegiado dándole todo el desarrollo de la edad adulta, sin robar á su semblante ni uno solo de los hechizos de la adolescencia.

Blanca, rubia, esbelta y perfectamente modelada, con hermosos ojos garzos, boca diminuta y purísima, semblante oval y redondo seno, hubiera podido creérsela la realización de una vírgen de hermosura casi divina, soñada por Rubens.

Pero apesar de la pureza de sus formas, de la cándida expresion de su rostro, no se encontraba ya en él el alegre descuido, la paz profunda, el reflejo de los pensamientos de color de rosa de la infancia; por el contrario se veía retratado en él la tristeza, la inquietud, el desasosiego que comunmente aparecen en el semblante de una niña contrariada en sus primeros amores.

No podia dudarse que era rica y pertenecía á la primera nobleza á juzgar por lo elegante de su traje, por su ademan distinguido y la pureza de las formas de sus pequeñas y lindísimas manos, en que no había dejado impresa su huella el trabajo.

Se ocupaba en pensar, se fastidiaba pensando, y el fastidio le arrancaba ténues suspiros.

Estaba sola.

Pero en el momento en que la presentamos á nuestros lectores, se levantó el tapiz que cubría la puerta del gabinete, y entró una mujer ya de edad provecta, de semblante magro y pálido, vestida de negro y cubierta la cabeza con una luenga mantilla, prima hermana de los ya antiguos y olvidados mantos, mantilla en que no se veía otra blonda que la de un velo de una cuarta de anchura, que la recién venida levantó al entrar en el gabinete.

Nadie hubiera dudado á primera vista que era un ama de gobierno, clase que sustituyó á las dueñas en el nombre, pero que en la práctica eran como estas del *adlatere* mas perjudicial que podia darse á una jóven; no le faltaba el largo y lustroso rosario negro con cruz de plata pendiente de su cintura, ni la expresion astuta, hipócrita y complaciente de la encubridora de amores en su semblante.

Aquella jóven y aquella vieja eran, por decirlo así, el plan viviente de uno de esos fastidiosos dramas sentimentales, en que el amante es un Don Juan ó un Lovelace casero, y que tiene por resultado la muerte por amores de la dama, la condenacion del galán y el encierro perpétuo de la dueña.

Pero no temas, lector, que acontezcan tales desgracias en nuestro cuento: ha pasado ya el tiempo de los Tenorios y Maranas, y los jóvenes de 1768, como los del día, no perecen por el amor.

Sea como quiera, es preciso seguir adelante ya que hemos empezado, y decir que la vieja, despues de un Deogracias y de haberse sentado en un sillón junto á la jóven, la miró de hito en hito lanzando sobre su semblante una mirada inquieta, tan preñada de misterios, que la jóven, presintiendo alguna desgracia, se apresuró á preguntarla:

—¿Qué sucede, doña María?

—¿Qué ha de suceder, pecadora de mí! contestó la vieja, sino una gran desgracia; ¿por qué había yo de haber vuelto sin asistir á la disciplina de San Ginés para pagar mis muchos y grandes pecados, sino por una causa grandísima?

—La jóven se puso pálida.

—¿Ha acontecido alguna desgracia á mi tío?

—Mucho mas, señorita, mucho mas.

La niña se puso en pié, como pretendiendo ir á evitar peligros que no conocía: la vieja dulcificó su semblante, y llevó el pañuelo á sus ojos aparentando enjugar una lágrima.

—No: no es para encomendarse á Dios lo que nos sucede. Se trata de un antiguo conocido á quien no sé si Vd. ha olvidado; de un jóven...

—¡Juan! exclamó tímidamente la niña, cuyas mejillas coloró el rubor.

¿Ha vuelto?

—Vamos, dijo para sí la vieja, aun le ama; esto es raro; pero en fin, así es mejor. Sí, señora, ha vuelto; pero ha vuelto pobre.

—¿Y qué me importa que sea pobre? ¿acaso no lo sabía yo? ¿acaso hemos podido evitar el amarnos cuando hemos crecido juntos? ¿Hay acaso otro mas generoso y mas noble? ¿Y dónde está, doña María? preguntó tímidamente la jóven.

—Aquí, Angela mia, contestó una voz tras el tapiz de la puerta, que se alzó al mismo tiempo y dió paso á un conocido nuestro.

Era el cazador del Rey que se adelantó cojeando, á pasar de sus esfuerzos por disimular esta falta que debía al cañon inglés.

La presencia de Juan, pues así se llamaba, produjo una peripecia. Angela dió un grito; doña María fingió escandalizarse, y el cazador aparentó á las mil maravillas un encogimiento que no le dominaba. Todos mentían: aquello era una farsa.

Pero como todo pasa en este mundo, calmóse la extrañeza de Angela, el temor de la vieja y el aturdimiento de Juan.

—Es Vd. un atrevido, caballero, dijo la vieja dando vueltas en su bolsillo á una onza de oro con que Juan la había comprado su introduccion hasta el gabinete; un atrevido y un imprudente. ¿Qué se diría de doña María si alguien llegase á sospechar...!

—Déjenos Vd., la dijo Angela, ya que por una casualidad que no concibo, si no es por su causa, se encuentra aquí; póngase Vd. en acecho; ya sabe Vd. que si viene mi tío...

—¿Con que es decir que se me culpa?...!

—Nada digo, contestó con severidad la joven.

—Que se me culpa al menos...

—¡Doña María!

—Pero...

—¡Vaya Vd.!

—Es que yo...

—En fin, dijo la joven dulcificando su acento; el mal paso está dado; que saliese ahora seria tal vez mas expuesto que su permanencia, porque segun la costumbre mi tio debe venir de un momento á otro. Es preciso que haya alguien que evite un compromiso.

—Esto ya es otra cosa, esto es avenirse á la razon; agradecer los buenos servicios: voy, voy.... si toso....

—Bien.... muy bien....

La vieja desapareció tras el tapiz. La joven y el cazador se contemplaron sin atreverse á romper el silencio. Él sufría como todo ser desgraciado que tiene ante sí un objeto que anhela y al que no puede llegar; ella gozaba, pero como gozan las niñas ricas aun de pureza, con el rubor pintado en la frente y el corazon agitado por una sensacion indescribible.

Y como las cosas indescriptibles es mejor dejarlas para que el curioso lector se las figure á su manera, nosotros prescindimos de los monosílabos, las miradas tímidas de los amantes, los profundos suspiros y las reticencias amorosas.

Pasemos pues por alto este prólogo, que está en estado de fingirse sin duda el mas joven de nuestros lectores, y empecemos por la parte donde pudiera decirse con razon que empieza el interés de este diálogo.

—En qué estado vienes, Juan! dijo al fin la joven.

—En un estado fatal, es verdad; vengo cojo, enfermo, desesperado; valgo tanto como un mendigo inútil; al par que tú, Angela, has acabado de formarte, y eres una de las mas hermosas damas de la corte. Nuestros amores deben terminar. Empeñarnos en ello seria una locura, y yo no puedo ni debo permitir que unas tu suerte, que te sonríe, á la mía, que se muestra conmigo madrastra cruel. Sepáramonos, olvidemos los sueños de nuestra infancia, y sea tu esposo otro mas feliz que yo.

El cazador del Rey sufría visiblemente al pronunciar estas palabras: sus ojos estaban preñados de lágrimas.

Angela le habia escuchado en silencio.

—Olvidar nuestro amor! dijo al fin; acaso es posible? Acuérdate que un dia me dijiste: "Voy á separarme de tí por tu amor; soy hijo de un hombre del pueblo, y necesito elevarme para llegar hasta tí con la frente erguida. España tiene un ejército y en él voy á buscar la nobleza que me ha negado la suerte, y el dinero que mi desdicha me disputa. Yo tengo fuerte el corazon, y acometeré ese porvenir con fe y valor por tí; volveré capitán, ¡quién sabe si general!" Soñabas como sueñan los niños; yo soñaba tambien, y te dejé marchar.

Juan bajó la cabeza, y por sus mejillas rodó una lágrima de desesperacion.

—Pero acuérdate aun, continuó Angela, de la última vez que nos vimos; fué en la iglesia de Atocha; era cerca de anochecer; casi nos envolvía la oscuridad: doña María rezaba; nadie, á excepcion de nosotros, estaba en la iglesia: entonces te acercaste á mí y me tomaste la mano que yo no retiré.

"Estamos delante de Dios, (me dijiste); voy á separarme de tí; tal vez no volverémos á vernos. Júrame ante ese santo altar que serás mi esposa, como yo te le juro delante de Dios."

Juan callaba.

—Y lo juré, continuó con exaltacion la hermosa, lo juré con el corazon abierto á Dios, y desde entonces soy tu esposa.

—Angela!

—¿Qué importa que seas pobre si yo soy rica?

—Pero mi clase...

—El amor todo lo iguala.

—Te escarnecerán.

—Quién? ¿Esa turba miserable que tiene cubierto de lodo el corazon, que ni siente ni comprende, para quienes son un misterio esas pasiones inmensas de que solo eres como nosotros son capaces? No, Juan; sea como fuere, serás mi esposo. Mi tio me ama y no se opondrá. Pero es necesario que varíes de trage. Toma.

Angela se levantó con direccion á su buró; Juan la detuvo.

—No, Angela, no es necesario. Salvé la vida á mi capitán, hombre noble, generoso y rico, y al enviarme mi licencia por inútil, me envió doscientas onzas; con eso tengo lo que he menester. Pero medita bien el paso que vas á dar; si mañana te avergüenzas....

Doña María cortó la conversacion de los dos amantes; su tos seca y convulsiva se dejó oír tras el tapiz, y al fin apareció trémula y demudada.

—Oiga Vd., dijo á Juan; el señor conde viene aquí. Dios mio! Ya se escuchan cerca sus pasos. La Virgen de la Almudena sea con nosotros!

Angela abrió la puerta de su gabinete y entró en él con Juan.

—Ya sabes que al fin de ese corredor hay una escalera, esa escalera conduce á las guardillas: aun vive en la misma casa tu padre. Vete.

Un momento despues, Angela, sentada en el sofá, acariciaba al falderillo como si nada hubiera acontecido, y la vieja rezaba devotamente el rosario, á tiempo que un hombre, levantando el tapiz, entró en la estancia.

CAPÍTULO III.

LA VUELTA POR EL TEJADO.

Es una guardilla; sobre su estrecha puerta hay un tragaluz desguarnecido, por donde entra á su placer el viento; dentro, á la luz de una lamparilla que alumbra á una estampa de la Virgen de la Almudena, se ven una mugrienta mesa sobre la cual hay un enorme tintero de piedra, junto á la mesa un arcon, y en derredor de aquel reducido y negro ámbito algunas sillas desvencijadas.

Todo allí respira miseria; pero si abriéramos una de las puertas que comunica con el interior, hallaríamos un cuarto en que todo revelaba la mano de una mujer. La cama, aunque pobre, limpia; la mesita adornada de preciosas flores artificiales á falta de las naturales; cierto perfume en fin que solo se encuentra en el aposento de una mujer jóven y aseada. Este cuartito tenia una ventana; esta ventana daba sobre un tejado.

A la hora en que terminaba el capítulo anterior, quien hubiera estado asomado á aquella ventana, hubiera visto aparecer en el otro extremo del tejado saliendo por una claraboya oscura un bulto informe que se arrastró trabajosamente, y se detuvo indeciso sin duda acerca de la direccion que debia tomar.

Sobre el tejado habia algunos tragaluces; pero todos estaban iluminados y por todos surgia ruido y movimiento: solo habia uno, al través del cual nada se escuchaba: este era el de la guardilla que hemos descrito á nuestros lectores. El bulto se adelantó entre la oscuridad; llegó á la ventana y entró; detúvose y aplicó el oído; nada se escuchaba. Entonces avanzó á tientas, buscó la puerta y entró en la parte anterior de las guardillas.

Entonces, á la luz de la lamparilla podia reconocersele; era Juan, el cazador del Rey, el amante de Angela.

Por un momento miró en torno suyo, irresoluto; luego su semblante se animó, y una sonrisa extraña lució en sus labios.

—Por mi alma! dijo; mucho me engaño si esta no es mi casa: sí, Teresa aun no se ha olvidado de tener eternamente encendida su candelilla delante de esa Virgen; este es el sillón de vaqueta de mi padre; aquel el arcon de las provisiones, y esotro el enorme tintero que ha servido para borrar tantos y tan malos versos á mi amigo Diego; sí, indudablemente estoy en mi casa, á no ser que las brujas me hayan tomado por su cuenta.

En aquel momento oyóse en las escaleras el sonido de un violin.

—Es mi padre que llega, dijo Juan; presentarse así de pronto, cuando no me espera, seria sorprenderlo. No: mas vale ocultarme y meditar el medio mas á propósito para la presentacion.

Al punto resonó una llave en la guardilla, que se abrió, y apareció un hombre que se detuvo, volviéndose á otro que le seguia.

—Imposible, señor conde, dijo aquel hombre; entre nosotros todo está terminado, y no sé para qué me necesite V. E.

El hombre á quien el primer hombre se dirigia, le empujó amistosamente, y entrambos entraron en la guardilla, cuya puerta se volvió á cerrar.

El uno de ellos, el que primero habia hablado, era un hombre del pueblo: llevaba un sombrero raído echado sobre los ojos, que á mas estaban cubiertos por unas gafas y una visera de tafetan verde; su capa era burda y usada, y sus zapatos ferrados. Llevaba un violin en la mano izquierda, y colgado del brazo un palo.

Este hombre se descubrió, dejando ver su cabe-

llera cana, cuando hubo cerrado la puerta, sin duda por respeto al que lo acompañaba.

Este era un caballero como hasta de cincuenta años; llevaba sombrero triangular, capa riquísima, y bajo ella una casaca segun el estilo de la época, bajo cuyos faldones relucia la empuñadura de acero de una espada de córte.

La fisonomía de estos dos hombres predisponia en contra de ellos; parecian pertenecer á un mismo tipo: los dos revelaban la astucia; en los dos se notaba algo que estremecía, y diferenciábanse á mas de las formas, en que la del primero tenia la expresion de la miseria y de la abyeccion, y la del segundo la soberbia y el dominio.

Entrambos hombres se contemplaron con una expresion particular y desconfiada durante algun tiempo.

Juan observaba oculto tambien tras la puerta del cuarto donde se habia retirado, sin darse cuenta de lo que veia, puesto que habia reconocido al tio de Angela en el caballero que estaba con el otro hombre, en quien habia reconocido á su padre.

—¿Qué querrá aquí el conde de Campo-Rojo? dijo para sí el jóven.

Y como si hubiese adivinado su pensamiento, el conde dijo al otro:

—Vengo á verte, Pedrillo, para que anudemus nuestras relaciones rotas hace catorce años.

Juan que todo era ojos y oídos, notó que su padre se estremecía.

—Ya sabia yo, señor, dijo dominándose, que la presencia de V. E. aquí no podia menos de serme funesta, á mí, que á pesar de mi arrepentimiento y de mi expiacion, no he podido olvidarme aun del infausto año de 1754.

El conde le puso las manos sobre los labios como temeroso de que dijera mas, y miró en torno suyo receloso.

—Descuide V. E. continuó Pedrillo apartando la mano del conde. Estamos solos, y lo estaremos durante algun tiempo. Diego estará á estas horas en la puerta del coliseo del Príncipe vendiendo sus mondadientes, y Teresa no vuelve del taller hasta las ánimas.

Callaron aquellos dos hombres.

El conde se paseaba agitado por la guardilla. Pedrillo cabizbajo y visiblemente disgustado permanecia de pié junto á la mesa.

—Es necesario acabar, dijo el conde deteniéndose bruscamente delante de Pedrillo; es preciso que me oigas y desempeñes la delicadísima comision que voy á confiarte.

—Pero medite V. E. que yo soy un hombre inútil, murmuró Pedrillo; los padecimientos me han gastado; apenas sirvo ya para ganarme un pedazo de pan á costa de mi violin.

—Pero se trata de un negocio que solo se necesita voluntad para llevarle á cabo. Por otra parte, nada me puedes negar, porque tengo en mi poder algo que te compromete. En octubre de 1754 me escribiste esta carta:

"Sr. D. Juan de Haro: He servido á Vd.; el con-

"de ha muerto. Os he desembarazado de un hombre que os estorbaba, y espero será consecuente con lo prometido. Necesito el dinero, no tanto para mí, como para hacer callar al médico, que pudiera revelar, si no le entrego una cantidad en que hemos convenido, que el conde de Campo Rojo ha muerto antes de tiempo. Humilde servidor de Vd.

"PEDRO DE LAS HERAS."

—Fuí muy imprudente, es verdad; pero V. E. no presentará esa carta á los tribunales, porque perdiéndome se perdería conmigo.

—¿Y acaso puedo yo evitarlo? contestó el conde con visibles muestras de mal humor; como yo te tengo en mi poder, á mi vez me tienen otros que son poderosos é implacables: yo tambien he sido imprudente, y no puedo retroceder.

—¿Cómo! exclamó asustado Pedrillo.

—Sí, he sido un imbécil. Aterrado por el recuerdo del conde, tuve momentos de demencia; en uno de aquellos momentos en que el corazón necesita dilatarse, escribí mis Memorias y detallé el crimen; aquellas Memorias estaban en mis papeles.

—¿Y quién ha robado á V. E. esos papeles?

—Ella.

—¿La condesa?

—Sí; algun tiempo despues de nuestro enlace creyó notar en mí indiferencia, creyó desamor lo que era desesperacion; tú sabes lo que me amó aquella mujer; tuvo celos, y un dia examinó mis papeles, creyendo encontrar sin duda una correspondencia amorosa: entonces halló mis Memorias, vió en ellas detallado mi amor hácia ella, mis pensamientos desesperados, y en fin, el asesinato de su primer marido, supo que yo era quien la habia robado sus hijos, quien por ella y mi ambicion habia puesto ante sus piés un abismo de sangre. La condesa guardó las Memorias; nada me dijo, pero enfermó y llegó á las puertas de la muerte. Murió. Inquieto yo, busqué aquellas Memorias entre los papeles de la condesa y no las encontré. Esto me tuvo desasosegado algun tiempo, pero al fin me tranquilicé. Habian pasado dos años: nada habia resultado: sin duda la condesa habia destruido aquellas memorias. Pero he recibido un terrible anónimo, anónimo en que se me habla de esas Memorias y se me amenaza con presentarlas á la justicia, si no me presto....

—A qué? dijo Pedrillo.

—A asesinar al fiscal del Consejo de Castilla, conde de Campomanes.

—Ah! dijo Pedrillo.

—Yo me encuentro cogido, dijo el conde, y yo te tengo cogido á tí. Si el terrible poder que me envia ese anónimo, que me pide la muerte de Campomanes, me entrega á la justicia, á mi vez te entrego yo á tí.

—¡Estoy pronto á todo! dijo con terror Pedrillo.

—No se trata de un lance ruidoso; desde esta mañana he meditado mucho, y he encontrado un medio.

El semblante de Pedrillo radió con una expresion de esperanza.

—Contéstame en verdad. ¿Qué hiciste de los hijos del conde?

—¡Señor!

—Responde: sé que viven.

—¿Quién ha dicho á V. E....?

—El semblante de Juan, parecido en un todo al de su padre, el de Teresa, que es un retrato de su madre; la edad de entrambos....

—Pues bien, es cierto; yo no tuve valor para arrojarnos á la casa de los Desamparados, y los tuve lejos de mí mientras fueron pequeñuelos; luego los traje á mi lado, los he educado á mi manera, y los amo como si fueran mis hijos.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

El ave de albarda es señal de tierra que nunca yerra.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.



Der XI. 11.

